

Brasil: La derrota no le impide a la ultraderecha armar el golpe

Por Breno Altman

La aprobación de cambios en la Ley de Directrices Presupuestales, obtenida en la madrugada del pasado jueves, no asustó ni debilitó a la escalada conservadora. A pesar de la victoria parlamentaria, evitando la explosión de una crisis fiscal en las manos de la presidente, como era el deseo de la oposición de derecha, el gobierno sigue acorralado.

Los partidos conservadores, asociados a los antiguos medios de comunicación, se suben al carro en la manipulación de denuncias provenientes de la Operación Lava Jato e intentan mantener al oficialismo bajo un fuego cerrado. Las señales de carácter golpista de la estrategia opositora son evidentes. Aunque sus principales líderes aún consideren insuficientes las condiciones políticas y legales para abrir un proceso de impedimento, las operaciones de desgaste y sabotaje no esconden el propósito desestabilizador.

No causa sorpresa el comportamiento del PSDB y del resto de su pandilla, a decir verdad. Durante la campaña ya era evidente, por el discurso de algunos próceres, que la alianza reaccionaria se jugaría en cuerpo y alma en el enfrentamiento. Nunca escondieron la intención de deslegitimar a la presidente, empujarla contra las cuerdas y, de ser posible, abortar el mandato conferido por las urnas. Tampoco dejan dudas sobre el plan de desarticular al PT y al ex presidente Lula antes de las elecciones de 2018.

Lo que espanta es la inacción gubernamental desde fines de octubre. A pesar de resoluciones combativas, el petismo parece tomado por la apatía y el cansancio político. Se quejan del golpismo, por la violación de las normas democráticas, pero sin adoptar un comportamiento firme y masivo, capaz de detener las maquinaciones. La toma de las barras del parlamento por parte de un puñado de delincuentes remunerados, durante la votación de la LDO, fue simbólica de esta política de guardia baja.

¿Por qué el PT y el PC de Brasil no convocaron a su militancia para ocupar las barras del parlamento, en defensa de la propuesta del gobierno? ¿Por qué la presidente no fue inmediatamente a la televisión y a la radio, en entrevistas y en las redes, para indicar qué era lo que estaba en juego en la decisión sobre el superávit primario?

¿Por qué los instrumentos de comunicación del gobierno no fueron activados para explicar de qué se trataba la batalla en torno de la LDO? ¿De cuál manual el gobierno extrajo la lección que el mejor remedio contra la politización de la derecha sería la despolitización de la izquierda? El Planalto parece preso de la orientación defensiva adoptada después del triunfo electoral, contaminando a partidos y movimientos que constituyen su base de apoyo.

En la mira del golpe

La presidente y su equipo más cercano se empeñan en providencias y discursos para apaciguar al capital financiero, al ruralismo, los medios de comunicación, los centros imperialistas, las fracciones centristas que flirtean con la derecha, los propios partidos de derecha. Parten de la premisa comprobada, la correlación desfavorable de fuerzas en las instituciones, para la conclusión gradualmente desmentida por los hechos: la política de reculada no muestra eficacia para contener a las fuerzas golpistas.

Al contrario. La oposición de derecha se siente más fuerte en sus ataques, se dedica a explotar eventuales contradicciones y vulnerabilidades de la izquierda, le toma el gusto al hecho de hacer política recurriendo a la disputa abierta del Estado y de la sociedad.

Los momentos de calma, propiciados por decisiones como el nombramiento de Joaquim Levy para el Ministerio de Hacienda, a continuación son seguidos por nuevos vendavales. El conservadurismo, incluso con fracturas y divisiones, expone una inédita determinación, un apetito pantagruélico por ocupar todos los espacios disponibles.

La política del retroceso, por otro lado, inhibe el campo popular. Divide y paraliza a las fuerzas progresistas que llevaron al triunfo electoral de Dilma Rousseff. No deja clara cual es la agenda por la cual seguirá su segundo gobierno, conquistado por la narrativa de la profundización y de la aceleración de reformas. Poco se hace para animar a la izquierda y provocar el retorno al escenario de los sectores populares. Después de todo, estos son los únicos destaques aptos para enfrentar al consorcio golpista, como lo dejó en claro la disputa presidencial.

Se ponen de manifiesto medidas políticamente inocuas, como el nombramiento de ministros amigables a las clases dominantes, el doble aumento de la tasa de interés, el visto bueno hacia una política económica más ortodoxa, la moderación de la crítica a los monopolios de la información y la reducción de la defensa de una Constituyente para la reforma política. Aunque parte de estas referencias sean inevitables, para preservar la gobernabilidad institucional que depende de una coalición pluripartidaria y policlasista, es aterradora la ausencia de programas, decisiones y símbolos que movilicen la base natural del petismo.

Cabe recordar que no existe un registro histórico de intentos golpistas detenidos por lamentos acerca de su naturaleza péfida. No hay salida, fuera de la contraposición a la saña conservadora, de un movimiento popular y democrático impulsado por gobernantes y partidos que legítimamente ejercen el liderazgo del país.

Breno Altman es periodista, editor del site de noticias Opera Mundi.

*Traducido para **LA ONDA digital** por **Cristina Iriarte***

*La ONDA digital N° 701 (Síguenos en **Twitter** y **facebook**)*